



Misionero Dominicó Fr. Santiago Echevarría

COMUNERO DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS DEL PERÚ

Celebrando sus Bodas de Oro sacerdotales

Por: *Mónica Villanueva Galdos*
Comunicadora Social.

He visto al P. Santiago en sus ajetreos en Misión Timpía y es un misionero a carta cabal. Su dedicación y esfuerzo me hacen ver a una persona completa, es decir, tan



humana y tan sensible a la realidad de los menos favorecidos en el Perú, que me hace admirarlo. Recuerdo que el 2008 cuando llegamos a una comunidad nativa cercana a la misión uno de los líderes de esta comunidad me dijo: "nosotros queremos al P. Santiago, es un comunero más para nosotros y en su honor pondremos en esta avenida de nuestra comunidad su nombre antes que se muera". Luego el P. Santiago me explicó que ser considerado un comunero en las CC.NN. era muy importante porque ya eres parte de ellos. Por ello, el título de la entrevista.

* * * * *

Padre Santiago, nos alegra conversar con Ud., sobre todo en estas fechas en que celebra sus Bodas de oro sacerdotales. Por favor, cuéntenos cómo surgió su vocación religiosa y misionera.

Estamos celebrando con el pueblo nuestras Bodas de Oro Sacerdotales y claro, 50 años son de sacerdote pero ya tengo 73 años, lo cual quiere decir que, previamente he tenido que madurar mi vocación religiosa. Es una vocación que nace desde niño como un deseo, como una ilusión que nació en mí cuando vi a otros misioneros mayores que hablaban de sus hazañas. Creo que nació desde el entusiasmo, no como una vocación seria, y poco a poco fue madurando hasta que ya entré en estudios de secundaria con los religiosos. Después los estudios de teología y filosofía, años en los que ya compartía correspondencias que venían sobre todo de la parte misionera, ya desde ese momento me gustó. Dentro de la vida religiosa hay muchos cauces, la enseñanza, la teología..., hay apostolados diversos, y a mí me gustó mucho el apostolado misionero, que estaba centrado aquí en el Vicariato Apostólico de Puerto Maldonado. Todo eso fue naciendo en mí hasta el final de la carrera, en que ya de un modo decidido, sin dudas, pedí voluntariamente venirme justamente a las misiones de Perú.

¿Qué recuerdos guarda de su primer viaje al Perú y sus primeras andaduras misioneras?

El primer viaje fue impresionante. Yo tenía 25 años, recién había terminado los estudios y nos metimos en un inmenso barco inglés éramos tres mil viajeros y tardamos 21 días. Me mareé mucho, por supuesto, pero veníamos cuatro misioneros y



fue entretenido, sobre todo en la segunda parte que ya nos acostumbramos al barco. Llegamos al puerto del Callao el 04 de septiembre de 1962. Estuve en el Santuario de Santa Rosa y al mes ya estábamos destinados a nuestros puestos de misión. A mi me tocó ir a Chirumbia, que fue la primera misión que crearon los dominicos en la amazonía peruana, atendiendo a la etnia de los Machiguengas, gente muy sencilla que estaban entonces acompañados por un gran misionero, el P. José Rodríguez, que fue mi primer líder y consejero. Recuerdo que cuando él me vio llegar, le hizo mucha gracia, porque él había pedido un misionero de ayuda y en cambio me vio a mi tan joven, recién venido de Salamanca, y decía: "yo he pedido que me envíen un misionero, no que me envíen un novicio". Yo estuve como 6 meses con él y nos llevábamos muy bien, era un sacerdote muy bueno, de mucho corazón, que quería mucho a los nativos, por eso me adapté con mucha facilidad a ese primer puesto donde realicé mi labor al llegar al Perú.

Y quienes eran sus otros compañeros que venían en el barco

Estaba el P. José Ramón, que hasta hace poco fue prior en la casa de Quillabamba; el P. Alfredo Encinas, muy querido en este pueblo convenciano. Estaba también Fr. Isidoro, un hermano que estuvo trabajando mucho en el Urubamba; y yo, que venía con ellos.

Su experiencia en Perú ha sido larga. ¿En qué lugares ha desarrollado sus labores apostólicas y qué otros oficios ha tenido que desempeñar?

Pensando en esta pregunta que me haces, recuerdo ahora el título de esta entrevista: "Comunero de los Pueblos Indígenas del Perú"; es muy acertado, porque resalta la mayor parte de la labor que he hecho aquí, por eso creo merecer ese título, sin afán de ser pretencioso, de ser un comunero más entre estas gentes. Un buen comunero, porque desde el principio tuve muy en cuenta que para serlo tenía que obedecer, y yo pienso que he sido un buen súbdito de los jefes de las comunidades, de modo que cualquier cosa que mandaba el jefe yo era el primero que obedecía: Convocaba a las asambleas y yo era el primero en asistir; los papeles que pedía, yo el primero. Entonces yo tuve hasta la manía de decir: tengo que ser un buen súbdito para romper la vieja tradición de paternalismo, de



de sistemas un poco feudales, como que el sacerdote mandaba todo, y entonces yo me dije "voy a hacer todo al revés", porque lo he visto hacer a otros misioneros. Entonces lo que hice fue humillarme enormemente ante ellos y eso es una gran ganancia, porque ganas la confianza al ver que lo haces de corazón.

Y después te diré que he sido un hombre de todo terreno, de todo campo y de todo tiempo. Tal vez no haya sido un hombre perfecto, pero que he sido de todo terreno. Sí, porque me ha tocado de todo, como por ejemplo tratar con mucha gente, algunas muy atrasadas con sus idiomas. He estado dirigiendo la emisora Radio Quillabamba,



he estado en labores de gobierno, he sido Prior regional, he tenido que ir también a atender el hospital, he tenido que visitar regiones andinas como Vilcabamba, año tras año. Y hasta he tenido que ser ecónomo por 6 años en el Vicariato.

También he tenido que cortar todo y marcharme, y ser formador de los estudiantes teólogos; o sea que han sido una cantidad de cosas tan distintas que me han ido cayendo, que tengo que decir o tengo la impresión de haber sido un hombre de toda estación, de todo terreno, aunque haya tenido muchos defectos pero así ha sido. Son muchos lugares y oficios que he tenido que desempeñar y te lo cuento a manera general haciendo un recuento de estos 50 años.

Sabemos que una parte importante de su vida misionera la ha desempeñado atendiendo comunidades alto andinas de Vilcabamba, ¿cuáles son los detalles y anécdotas que guarda con más cariño de esa etapa de su vida?

Fueron cinco años que estuve atendiendo la zona de Vilcabamba. Iba desde Quillabamba, hacia mediados de agosto. Empezaba con la fiesta de la Virgen Asunta y terminaba con la fiesta de San Francisco y a veces se alargaba más, porque me iba a la zona de Pampaconas. Esa ha sido una experiencia muy buena porque esas comunidades andinas son de una gran sencillez y uno les toma mucho cariño; están cerca de ti, son comunidades muy religiosas, muy distinto de lo que es el mundo de la selva, ya que estos llevan la religión desde un aspecto muy natural, el pueblo andino tiene muchas procesiones y son muy ricos en religiosidad.

Los últimos años fueron muy difíciles, pues apareció en la zona la presencia de Sendero Luminoso, y he tenido experiencias muy duras. Una de ellas, que me ha quedado para toda la vida, es mi sordera debido a que subí a una montaña muy alta, hasta un lugar llamado Ojoro, subía a caballo y ahí fue que me quedé sordo del oído derecho, totalmente y de golpe, nunca más he recuperado ese oído, ha sido una marca muy dura, de subir tan precipitadamente, de cambios de climas y los ronderos me decían "nosotros si sabemos como escondernos, pero no sabemos como esconderte a ti".

Cuando hubo un ataque terrorista en la zona de la Pata, donde había estado unos días antes, había una señora que los dirigía, y yo había visto a esta señora en la puerta de la iglesia vendiendo lapiceros y útiles escolares. Fue sorprendente que esa misma señora joven dirigiera la matanza. No eran momentos tranquilos, vivías muchas veces un poco atormentado por los gritos de las mamás por sus hijos en la noche, había tensión y eran años malos donde uno quería a la gente pero con el miedo de que en cualquier momento vinieran a atacar. Se han dado situaciones de casar a dos personas y al año siguiente ya tenían el cerebro lavado y les encontrabas dirigiendo las matanzas. Aquello era todo muy fuerte, era triste, era un contraste que dolía.

Su trabajo con los pueblos amazónicos han marcado un esfuerzo constante en las misiones en las que ha estado como Shintuya y Timpía, hasta el punto de defender a los nativos frente a los intereses de las empresas extractivas... ¿qué lo movió a hacer esto?

Esto me ha pasado concretamente en Timpía, sobre todo por motivo del gas. En Shintuya no mucho, porque allí no teníamos estos problemas, pero si había problemas ocasionados por la madera, pero allí son pueblos más pequeños, no estaban tan extendidos. Pero en Timpía, los dos últimos años han sido muy duros, pues se trata de una comunidad donde no están todos preparados para darse cuenta qué quieren las empresas, qué piden, cómo están llevándose los terrenos. Son pocos los que están preparados en la comunidad. Entonces yo tenía el deber de estudiar bien los planteamientos y los impactos ambientales, lo que nos afectaba a nosotros. Tenía que repartir papeles con preguntas muy concretas que les daba a los comuneros y a



los que llevaban la voz cantante, los líderes, los jefes, para que ellos directamente en las reuniones preguntasen a los abogados e ingenieros de primera calidad que venían. Y estos ingenieros se daban con la sorpresa de encontrar gente preparada, porque las asambleas son lo que manda en la comunidad, mucho más que las federaciones.

Eran largas discusiones en las que el jefe me pedía que yo interviniera y reforzase la postura de la comunidad, y yo entonces aprovechaba porque después de estudiar mucho los temas me daba cuenta de los engaños y falsedades de los ingenieros del Ministerio de Energía y Minas, quienes daban un tratamiento escandaloso a favor de las empresas y en contra de la comunidad. Entonces allí atacaba muy duro, ellos se quedaban extrañados de que uno, no sólo se diese cuenta de los problemas, sino que tuviese fortaleza para decírselos en la cara, con dureza, diciéndoles la situación falsa que estaban utilizando, y claro se quedaban un poco espantados. Para mi no era un



plato de gusto el quedar mal ante todas esas gentes, pero me sentía orgulloso y vi que el pueblo agradecía que hubiese una persona que les defiende, e incluso después de la discusión había abogados que decían: "bueno aquí no se puede hacer nada porque hay un cura", bueno pues, a honra mía.

Recuerdo que al año siguiente de ocurrir el conflicto de Bagua, tuvimos una reunión terrible con los ingenieros, porque ese mismo día nos habían invadido parte del territorio sin permiso alguno y nos enteramos gracias a uno de los trabajadores que era de nuestra comunidad, que se levantó ante los ingenieros y les dijo "nos han invadido sin decir nada". Allí la comunidad se lanzó en avalancha y ahí fue donde le aclaré a los ingenieros que habían hecho muy mal, al no pedir ningún permiso, que el territorio era propiedad de la comunidad. Hubo tensión, incluso hubo noches en que los comuneros rondaban mi casa porque tenían miedo de que alguien me pudieran hacer algo porque yo era el obstáculo, pero era mi deber y lo hacía.

Ha sido como año y medio donde mi púlpito era un púlpito muy difícil y la evangelización era defender los derechos de ellos, que para eso estamos; no estamos para decir sí a todos aquellos que vienen como explotadores o como nuevos conquistadores de sus territorios.

La realidad actual en el bajo Urubamba está muy marcada por la presencia de empresas extractoras de gas. ¿En qué medida afecta esto a CC.NN. como Timpía? ¿Qué rol juega el misionero en este proceso?

Hay momentos y momentos en la vida de las comunidades y yo estoy en la misión junto a las comunidades del río Urubamba, lo mismo que los PP. David e Ignacio. A nosotros nos toca ver por qué y en qué están sufriendo y padeciendo nuestras comunidades. Bajo estas circunstancias de injusticia social, no puedo yo estar propagando el Santo Rosario todos los días, cuando a ellos les duele que se lleven el



territorio, o abusan o ponen en peligro sus vidas y por estos temas hay que abocarse a ello, lo demás tendrá su sitio y su tiempo.

El día de hoy vemos tristemente que el potencial económico de estas grandes empresas se basa en una gran sed y ansiedad de ganancia y más ganancia, una codicia increíble, mucho mayor que la de los conquistadores tras el oro, no hacen caso a nadie y abusan de todos. Además donde ven que hay gente no contactada proyectan instalar sus pozos. Un pozo significa un peligro, significa un campamento grande de gente muy extraña que ni siquiera son peruanos. Y nos preguntamos: ¿quién controla a un grupo de 100 hombres para que no se emborrachen, que no salgan de su campamento y que no hagan daño a las jóvenes mujeres de la comunidad?, ¿quién controla eso? En el papel si está todo controlado, pero en la vida real, no. Y lo sé porque lo he experimentado. Por eso yo digo: no puede ser, así sean españoles, brasileros o peruanos, son cosas que no pueden suceder y la vida de esa gente vale mucho más que todo el gas que hay en el Perú. Exigimos diálogo, diálogo y más diálogo antes de dar un paso adelante. Pero notamos que pueden más que nosotros, que se compran al Ministerio y esa es la gran corrupción, ante la cual poco podemos hacer. Funciona la ley, pero una mala Ley que es injusta, pero aún así allí estamos.

Ahora, yo me tengo que ausentar de Timpía, pero sé que David e Ignacio siempre van a estar vigilando y haciendo todo lo que puedan para exigir un buen cumplimiento de las cosas.



Y nos damos cuenta que esa mala ley, como usted la llama, está por encima de los convenios internacionales que nuestro país ha firmado y que justamente velan por los derechos de los pueblos indígenas

Sí, se burlan de esas normas legales que se lanzan a nivel internacional protegiendo las tierras de los indígenas. Hay que tener en cuenta la consulta previa, que viene establecida en esos códigos internacionales, y que está bien planteada, porque va a significar siempre que el diálogo tiene que llegar hasta el final y tiene que hacerse de forma muy respetuosa entre las comunidades indígenas y el Estado, no con las empresas. Un diálogo respetuoso nunca pondría vetos, pero es que no quieren realizarlo, porque si lo realizan, el Estado por

dignidad no puede dar carta blanca a las empresas porque no puede ser, entonces no quieren para nada la consulta previa.



Siguen con las viejas fórmulas de las consultas y audiencias públicas, que son un desastre completo, es un engaño total y un atropello a todos los derechos. Y el Estado lo sigue haciendo, aún sabiendo que ahí van a meter a todos los que las empresas quieran, y hay una filosofía que todavía ampara esa mala acción, que se llama "el perro del hortelano", eso es: no entender al nativo, pisarle y no darse cuenta que los únicos que pueden cuidar la ecología mundial son justamente ellos, ellos no abusan de su huerto y no dejan a los demás atropellar todo, porque no les interesa que se lleven todas las riquezas; y claro, los que son los hortelanos, las empresas, se llenan los bolsillos. Entonces se trata de una filosofía abusiva hasta decir basta.

Un misionero pronunció hace ya muchos años una frase memorable: "Hasta las fronteras de la fe llegaba mi soledad". En su caso, también ha tenido que vivir solo muchos años en la selva: ¿Cómo ha podido conjugar esta soledad con su condición de dominico? ¿Realmente ha llegado a sentirse solo? ¿Cómo hacer para que la soledad no perjudique su actividad misionera?

Sí, la verdad es que yo no estoy muy de acuerdo con esta frase, porque se trata de un caso muy concreto. Se trata de Fr. Almaraz, un fraile muy sensible, un hombre poeta, muy joven, al que conocí. Yo pienso que Almaraz no fue un hombre que tuviera raíces de tipo campesino, que hubiese hecho su vida desde niño junto a la naturaleza, en el campo, como muchos de los misioneros que estamos aquí. Nosotros entramos a la selva de un modo mucho más natural. Sí hemos nacido en el campo y



hemos vivido en el campo y hemos tenido tareas campesinas y nuestras vacaciones cuando estudiábamos siempre eran en el campo, y después vamos en las vacaciones desde el Perú a nuestra tierra del campo y ahora no me muevo del pequeñísimo pueblo donde he nacido y estoy tan contento con los paisanos que han sido



compañeros de escuela y que no han salido nunca del pueblo y hablamos de las cosas antiguas y nuevas del campo, o sea, es una raíz muy distinta.

Yo no me he sentido solo en la selva porque, en primer lugar, la selva, los ríos y las gentes, aunque son muy distintas y tienen otra cultura, otra lengua, aún así son gentes que gozan con su naturaleza y sus ríos. Por ello yo tengo un diálogo con ellos muy cercano, porque es el mismo que he tenido en mi casa con los míos y lo tengo en mi pequeño pueblo con mis paisanos. Desde ese punto de vista no me he sentido solo, me he sentido siempre en diálogo con ellos y con la naturaleza misma, me ha gustado y me sigue gustando. Yo gozo en la Misión de Timpía, voy por el río solo y aprecio lo hermoso que es el paisaje. Y siento que viene el indígena y se sienta junto a mí en el mirador de la comunidad, y juntos compartimos mirando el río, el paisaje, los tres ríos adelante, al fondo toda la selva, es una hermosura que a uno le encanta, es una soledad agradable que nos llena de gozo porque es muy hermosa.

Otro capítulo importante en su vida misionera, especialmente en los últimos años, ha sido su contacto con los nativos Nantis del Alto Timpía. Cuéntenos, ¿Quiénes son ellos? ¿Cómo viven? ¿Cuál es el concepto que Ud. tiene de los indígenas en aislamiento?



Este es un tema que se sigue hablando mucho, pero que realmente es sencillo. Nosotros los misioneros los tenemos ahí, claro que no cerca, porque viven a 7 días de camino. Llevan muchos años en que no tienen nada, no conocen ni el metal, ni el plástico, nada. Las señoras se visten con una pampanilla muy ruda y los hombres no tienen nada encima, bueno, están acostumbrados a vivir desnudos una vida muy

rudimentaria, pero nosotros vemos que son hombres como otro cualquiera.

Cuando vinieron por primera vez, me miraron extrañados por mi pelo blanco, pero mantuvimos mucha confianza desde el principio, me han abrazado, se han reído al verme, entonces he notado que ni yo ni ellos hemos sido obstáculo. Los he cuidado bien, bien alimentados, la posta está cerquita para que se atiendan en la gripe que ellos agarran. Además yo he visto que son inteligentes, dialogo con ellos a través de los traductores, porque tienen un idioma muy parecido al machiguenga, los traductores explican lo que dicen, y yo veo que ellos contestan rápido, y veo cómo se ríen. Cómo aquellas preguntas con doble intención que le lanzan sus paisanos, las cogen perfectamente y entonces yo digo: ¡estos son muy inteligentes! Lo que pasa es que no se han desarrollado más, no se han cultivado más, han vivido solos, entonces hay un aprecio nuestro muy grande hacia su dignidad, yo así lo veo.

Después, cuando últimamente han venido más gentes a visitarnos, veo que se han establecido bien con los paisanos de comunidades muy cercanas, no tanto en el poblado mío, que ya está más desarrollado, sino con comunidades más alejadas de nosotros pero que tenemos contacto todos los días con ellos, y comprobamos que se establecen bien, se integran, hacen bien sus chacras, visten con normalidad, se ríen, bailan. Entonces yo no he tenido ningún problema con ellos, pero sí veo el problema



en la nación porque hay mucha gente que cree que hay que hacer una especie de museo, una especie de zoológico, de encerrarlos, que no entre nadie, que no lo use nadie, que no entre el misionero, que no bautice, que vivan y mueran como los monos. Que el turista venga y les saque fotos, les tira el plátano por encima de la valla, y decir: ¡que hermoso museo humano tiene el Perú! Y eso no es así, porque yo veo que esos niños que vinieron últimamente, al poco tiempo ya cantaban el Himno Nacional porque las profesoras les habían enseñado. En aquel momento yo decía: estos son unos ciudadanos como otro cualquiera. La cuestión es entrar en un camino de paciencia, que se va avanzando poco a poco. Una paciencia productiva, pues al cabo de un tiempo, son unos buenos ciudadanos peruanos como cualquier otro, y eso no les quita nada, no se les quita la libertad, vienen contentos y dicen ¡estamos contentos, nos tratan bien, nadie nos abusa! Y justamente ese es un poco el concepto de los no aislados, estaban aislados porque tenían miedo, mataron tanto a sus antepasados que se aislaron, pero al ver ahora los cambios, viven felices.

Actualmente ese concepto del no contactado o pueblos en aislamiento se ha ido encaminando más por decir ¡no los toquemos, ellos viven así, dejémosles en su hábitat! Y nos damos cuenta que al afirmar eso estamos negando su ciudadanía y derechos.

Sí, lo que pasa es que todas las instituciones del Estado dicen que hay que tratarlos así y están equivocados. Yo creo que la mejor manera de entrar en diálogo con ellos es ir donde sus paisanos que viven cerca de ellos, incluso parientes suyos que están en una posición intermedia, donde cuando llegas te das cuenta que hacen mucha vida casi como los que están más arriba, hacen mucha pesca, mucho ir a cazar, vida muy simple, trabajar no mucho porque no les va. Y ellos tienen muy cerca la posta, cualquier gripe que cojan van para allá. E incluso el doctor y la enfermera van hasta la comunidad, chequean a los niños y los vacunan, y esto es avance de la humanidad. Vienen a la comunidad y la gente los respeta, pero a veces no es un buen hábitat para ellos porque están muy atrasados respecto a la vida que están llevando. A estas alturas ya tenemos a los de Kimaruari, y hay muchachas que están llevando la secundaria. Una secundaria que las hace libres. Entran al curso para recién aprender a leer o a escribir, pero no se le exige a aprender más y mucho más, sino que nuestro interés es que aprendan otras formas de vivir, de comportamiento, porque ya son muchachas de 14 ó 15 años y lo que viven es muy bonito para ellas, comparten con sus compañeras y los papás cuando vienen están muy contentos. Es decir, van entrando a la sociedad nuestra de forma muy gradual, muy suave, no es un proceso violento.

Eso no significa que pierdan su identidad

No. Ellos no sólo siguen siendo machiguengas sino son machiguengas que están dentro de ese grupo que llaman Nanti, que por cierto

es un nombre un poco ridículo, pero nos vale para darnos cuenta que es un grupo que





tiene cosas muy propias, muy especiales y las cultivan sin que nadie les moleste para nada.

¿Por qué afirma que el término nanti es ridículo?, ¿qué significa?

Nanti es un término que significa "yo soy". Es decir, si va un colectivo de personas donde estás con siete u ocho personas allá en el cerro, y va uno y le dice ¿tú quien eres? Y le respondes "yo soy", es una respuesta un tanto ridícula. Ellos muchas veces dicen "Naro nanti machiguenga", es decir, "yo soy machiguenga". Entonces, los gringos que les pusieron ese nombre de Nantis; querían crear un grupo propio que no fuesen los machiguengas, para decir que ellos los han descubierto, y ante la propaganda que hacían en los Estados Unidos a esa ONG le venía muy bien descubrir un grupo nuevo, en vez de decir que son machiguengas con algunas diferencias especiales y se les ocurrió llamarles Nanti. ¿Cómo un grupo nativo se va a llamar "yo soy"! Los nativos mismos se ríen cuando le decimos ¡tú nanti! Y ellos responden: No, machiguenga.

Cuando se encuentran con paisanos de Timpía se entienden. Les cuesta un poco porque hay palabras nuevas, pero muy pocas. Cambian los sufijos un poco y algunas designaciones, pero se trata de un mismo lenguaje, no es como para crear un nuevo grupo lingüístico y ponerle un nombre que considero que es despectivo.

El futuro en las misiones se presenta complejo. Por ejemplo, la misión de Timpía, después de casi 60 años, ya no tiene misionero. ¿Cómo perciben los indígenas del lugar esta ausencia? ¿Cree que el futuro de la comunidad cambiará sustancialmente por el hecho de no tener un sacerdote en la Misión?



Esto es algo que he tenido que pensar mucho en estos días cuando me he retirado de Timpía para venir definitivamente a Quillabamba. Me preguntas si la situación en Timpía cambia de un modo sustancial, y creo que sí cambia.

Cambia porque por mucho que hagamos obras de tipo social, todo ello se sustenta en la evangelización. Nosotros somos religiosos, somos misioneros, y queremos anunciar la

buen nueva del Señor, la alegría de la salvación de un modo sencillo, sin imponer nada raro, y entonces claro, ante la presencia del misionero que estaba todos los días, y a todas las horas, día y noche, pues eso cambia.

Habiendo buenos catequista pueden enseñar, pero una cosa es enseñar y otra distinta es dirigir todo un culto donde hay un sacramento, una preparación para los sacramentos, una participación de la gente, y todo eso crea un clima religioso más profundo, que no quita nada la labor social, pero ya es todo, un hábito de un modo de vivir en la





comunidad. En el momento en que no hay sacerdotes, ni tampoco vocaciones misioneras, entonces hay que poner laicos, pero por mucho que trabajen se quedan en un grupo aislado. Ahora va de vez en cuando el misionero, está uno o dos días, hace lo que puede, pero luego se marcha. Vemos que ese tipo de misión, a la larga, se queda muy quebrado, muy debilitado, y eso da pena después de casi 60 años que estamos allí nosotros presentes seguidamente, sin marcharnos de la misión de Timpía. Eso es doloroso, no cabe duda.

Quizás a los que va a extrañar más son a los pequeñines de la comunidad

Sí, lo que más tienen los pueblos indígenas son niños pequeños hasta decir basta, grandes cantidades. En Timpía tenemos tres clases de inicial, hay niños en las tres aulas llenas y pequeñitos en los brazos de la madre. Cada año nacen 37 ó 40 niños. Claro, es una cantidad enorme, eso no hay en ninguna parte del mundo. Y además, también están los internos, y todos ellos forman una niñez protegida, contenta, feliz en torno a lo que es la presencia del misionero.

Seguro que en una experiencia misionera tan amplia ha podido recoger múltiples anécdotas y vivencias, tanto con indígenas quechuas como amazónicos. ¿Cuáles son aquellas que más le han impactado y recuerda más vivamente, aquellas que más hondo han calado en su corazón?

Sí, hay experiencias y anécdotas muy pequeñas pero que se clavan en uno. En la parte de Vilcabamba la mayor experiencia es comprobar la sencillez de la gente que te acoge en todas partes. Pero también me ha tocado vivir la parte más dura, cuando se presentó Sendero Luminoso (grupo terrorista). Es muy duro escuchar lo que te dice un muchacho de la comunidad de Vilcabamba, sencillo y bueno: "Me ha llevado el ejercito. He estado tanto tiempo allá, en frente de las guerrillas y una de las cosas que más nos espanta y más nos duele, es que llegaba un día y nos mandaban a recorrer a ver si habían terroristas y nosotros a veces ya nos pasábamos de brutales y traíamos en la mochila las manos de las gentes que íbamos matando, gente que de repente no tenía ningún vínculo con el terrorismo pero que nosotros cortábamos para traer al Mayor del Ejército, para que él las cuelgue clavadas en la escuela donde había hecho su pequeño cuartel". Es decir, esta experiencia es lo que más les impactaba a ellos. Esa realidad me conmovió y me decía a mi mismo: ¿por qué esa brutalidad, a dónde vamos a ir?

Y lo mismo cuando entraba Sendero Luminoso, había unas matanzas escandalosas de ancianos. Ancianos que no podían moverse, allí mismo los remataban sin más, y eso ha sido una experiencia muy dura. Por ejemplo, cuando entró la Policía a la comunidad de Lumahuayco, hizo una matanza tremenda de tal manera que el mismo sub-oficial, que era evangélico, se vio tan traumatado que se pegó un tiro y se suicidó ahí mismo. Me enseñaron las fotografías de la matanza del pueblo de Hatun





Pampa, un profesor me las trajo, fueron realmente unos terribles enfrentamientos, eso ha sido muy duro, muy duro.

Y lo que es en la parte indígena selvática lo que ha sido muy duro, son los suicidios. Muchachos jóvenes con los que todo el día has estado hablando, de un momento a otro se tiran un tiro, y a veces encuentras un escrito en contra de la mamá donde dice que no le han dejado hacer esto o aquello, lees esos argumentos y dices: qué es lo que les ha llevado a un trauma tan grande que han tenido depresión y los ha llevado a ese extremo. A mi no me hubiese llevado, pero cada cual es cada cual. Todo eso de los suicidios ha sido muy duro, en los últimos años han sido hasta siete jóvenes y tener que consolar a sus familias.

Lo mismo resulta con los ahogados en el Pongo de Mainique. A nivel familiar esas ausencias son tan duras, son experiencias más personales que he tenido que consolar a las familias. Ayudando a los huérfanos, rescatando los cadáveres, enterrándolos, eso es algo que no se olvida nunca, está grabado en la imaginación y produce una gran tristeza porque ha sido gente muy buena, muy querida, muy cercana, en algunos casos ayudantes míos de todos los días. Estas anécdotas son muy duras, experiencias que han sido muy dolorosas.

Y por el contrario, también hay experiencias muy positivas, cuando preparas a los niños desde muy pequeños, ves que van creciendo, luego te vienen después de algunos años con sus títulos de los institutos, los ves felices y vienen y te dicen "padrecito, éste es mi título y voy a trabajar en esto". Son logros muy hermosos que dan mucha satisfacción y alegría.

La vida de un misionero es así, unos días de cal y otros, de arena.

De igual manera, ¿Cuáles han sido los misioneros que más le han impactado, aquellos que usted recuerda con mayor admiración?



Yo he tenido la suerte de conocer al P. José Álvarez, el Apaktone. Le he conocido en su mismo puesto de Shintuya, allí he estado hablando con él mismo y después ha sido compañero mío en el Convento de Lima. Yo ya lo había conocido desde que era joven estudiante. Pero ha sido después cuando lo he conocido de tú a tú, yo como misionero joven, mientras que él ya era mayor en Shintuya. Vi como trataba a los niños y ahí he podido hablar con él con confianza de tantas cosas. Me quedé muy impactado con el P. José, porque uno dice que fue buen misionero, un hombre santo, un hombre bueno pero cuando tú lo notas y ves, ya te quedas pensando, en que este hombre en tal circunstancia respondió así e hizo esto, uno se queda como asustado y pasmado

de que tuviese un alma tan grande. Me han dicho que ha habido otros tan buenos como él, que también podían haber sido lanzados a la santidad.



La verdad es que he estado muy cerca de otros misioneros, pero nadie me ha impactado tanto como la experiencia de este hombre. Me ha contado cosas que yo después me he quedado callado y pasmado y he dicho: Dios mío, Dios mío, como se pueden hacer estas cosas tan profundas y tan llenas de Dios. Como él no ha habido ningún otro, aunque también he conocido gente extraordinaria como el P. Silverio, un hombre con mucha paciencia y otros muchos que para nosotros han sido modelos.

Recuerdo que el Apaktone me decía: “yo procedo de raíces asturianas, he nacido en esta tierra y he vivido de esta manera y un día el Señor me dio una gracia fulminante en mi vida y todo cambió radicalmente, donde digo a Dios: ¡qué experiencia he tenido con la experiencia tuya que he visto lo grande que eres y he hecho el propósito de cambiar mi vida totalmente, radicalmente para hacer toda tu voluntad desde este momento!”. Él tenía 19 años, me lo cuenta así y me di cuenta que este hombre estuvo metido en la vida religiosa de un modo radical, entonces digo yo si no hay una presencia de Dios, esto no se puede hacer.

Cuando vi cómo trataba a los indígenas Amarakaeris, y después me hablaba de la paciencia infinita y él metía una espiritualidad tan suya que la llevaba desde joven que yo me quedaba admirado. Hay gente que te desespera, pero Apaktone tenía una enorme paciencia, esperaba, esperaba y se dejaba engañar, pero lo hacía para captar más su corazón. Es decir, una habilidad tal para ser un gran misionero que yo me quedaba admirado. De tal manera que yo notaba que le tenían mucho respeto.

Cuando a un viejo que tenía miedo a la muerte, le dije: “Tranquilo, Dios te quiere y vas a ver como te ayudará”, pude comprobar que ese hombre pues no entendía mucho. En cambio, cuando yo le dije: “Mira, si mueres vas a ver al Apaktone, lo vas a ver, te va a coger de la mano y te va llevar a Dios, para eso está”, entonces este anciano vio el cielo abierto. Ahí notaba que lo entendía, se tranquilizaba y tomaba al Apaktone como un mediador, un Mesías especial que ellos tenían. Hasta esa profundidad del alma había llegado José Álvarez con su conducta hacia ellos.

Recuerdo las palabras de Frei Betto que dice: *“La cabeza piensa en donde los pies pisan”* ¿Cuál sería para Ud. el perfil misionero más adecuado para los tiempos actuales?

Yo creo que esta frase de Betto implica mucho realismo, es decir, no te separes de aquello que estás viviendo con tu pueblo. Pienso que en este sentido tal vez pecó de ser demasiado realista, veo la verdad y me enfoco en eso, pero yo me preocupo que mi vivencia tiende a ser Misionero dominico, esa es mi identidad, no soy un hombre cualquiera, yo tengo ciertos valores como religioso dominico y busco la verdad para mi pueblo y mi pueblo es el pueblo de Dios. Ese es mi perfil y como misionero dominico busco la verdad, para que ellos sientan la verdad y gocen con la verdad y se hagan grandes a través de la verdad, que es lo que realmente nos salva, la verdad del Señor, ese es mi perfil. Aunque haya días en que solo estés arreglando cosas y demás, pero por dentro tengo yo esa vivencia de que todo tiene que ser según la identidad que yo he dado a mi vida, soy de Domingo de Guzmán que busca la verdad para meterla en el





corazón del pueblo, que es el pueblo de nuestro Dios.

Por último, nos gustaría que enviara un mensaje a todos los amigos de las misiones, tanto de España como de Perú. ¿Qué siente usted por ellos, después de 50 años de misionero? ¿En qué se les necesita actualmente?



Después de tantos años, recuerdo cuando celebré mi primera misa, mi ordenación sacerdotal en 1961, junto con Miguel, con Encinas, Antonio Iraízoz, un poco más joven José Ramón. Desde entonces entré a ser misionero, llevo 49 años en esta vida misionera, quitando los 5 años que me fui de formador a Salamanca, pero claro, eso no quitó mi manera de ser. Terminé y me volví a mi sitio.

Yo les digo que viviendo en el Perú, siendo misionero, también se realiza la vida sacerdotal. Yo creo que tras 50 años, les diría a muchos compañeros de España que tengan abierto el corazón para ser misioneros, ahora, antes que tengan más edad y más años, que desde aquí se puede realizar muy bien su trabajo viviendo con nosotros. Y decirles lo mismo que le he dicho a la gente al marcharme de Timpía: me marcho feliz, pues me han dado tanto

cariño, ellos son 820 y los 820 me han dado su cariño para mi solo. Y nos hemos puesto de acuerdo entre ellos y yo, que los fallos son fallos y que no tienen porque quitar o afear en lo absoluto la fuerza en la amistad y el acompañamiento, yo los he acompañado y ellos me han acompañado a mi. Así que ese es mi mensaje ahora después de los 50 años, en mi celebración misionera, en mis bodas de oro.